

Pedro Selva

El Padre y la Madre



ENUEVASE cada cierto tiempo, no sin porfía, aunque con escasa utilidad, la disputa entre el fondo y la forma, entre los materiales y el arte, la inspiración y la técnica.

Unos colocan el acento en el tema, dicen que, no pudiendo existir obra sin asunto, fuera de la vacía necedad, basta apoyarse en él y despreocuparse del resto; persiguen el reino de Dios y su justicia, confiados en que «el resto se os dará de añadidura» y muestran genios espontáneos que escribían, pintaban o esculpían «mal», sin cuidarse de las reglas, indiferentes a la retórica, mediante el puro instinto; aseguran, incluso, que el mucho saber o el demasiado trabajar perjudican, entran, matan el precioso frescor del primer brote.

Hallan ejemplos y no dejan de tener razón.

Otros se atienen a la clásica «larga paciencia» del preceptista, recomiendan «cien veces sobre el yunque martillar vuestra estatua», afirman que conviene guardar para otro año un manuscrito y perseguir con afán incansable así las grandes líneas como el pequeño de-

talle. Son los geómetras, eternos puristas y mártires del estilo, orfebres de la prosa o el verso cuyo Dios se llama Flaubert y cuya constelación está en el Parnaso. A la embriaguez divina de Dionysos, que juzgan dudosa, oponen la divina serenidad, la mirada límpida de Apolo, el impasible.

Y citan caso. Y también prueban.

¿No sería posible conciliarlos? ¿Hallarles un punto de unión, una clave maestra, válida para ambos?

Al que pregunta cuál elemento, si el capital o el trabajo, debe obtener preferencia, le replican preguntándole, a su turno, si en una mesa de tres patas, ésta o la otra sirve más. No es un argumento decisivo; mesas existen de dos y hasta de una pata que se sujetan bien. Pero el procedimiento puede servir.

Y con mejor analogía.

La obra de arte—poesía, novela, drama, cuadro, escultura, sinfonía—vienen de un matrimonio, de un enlace fecundo.

El artista es el marido. O digamos, el novio. Ama, desea, teme y, por consiguiente, busca. Necesita engendrar, experimenta el impulso creador, la necesidad de reproducirse y perpetuarse en otros seres que vayan donde él no irá, que vivan cuando él haya muerto, que expresen para siempre las ideas fugaces, las imágenes y las emociones poderosas que lo poseen. Quiere liberarse de ellas, echarlas por el vasto mundo. Es un mandato de la especie, la voz interna que llaman «vocación» o llamado del espíritu.

El artista en potencia, antes de trabajar, es el enamorado solitario con la fantasía repleta y el corazón ansioso.

No descendamos más, aunque se podría...

Como «no es bueno que el hombre esté solo», ese artista, ese apasionado, elige un objeto, una mujer, un tema.

¿Qué importancia tendrán ese tema, esa mujer, en el fruto de su amor, de su trabajo?

No más que él mismo, ciertamente.

Pero, tampoco, menos.

Supongamos. Un falso interés le arrastra, la expectativa del dinero, ilusiones de situación social o el atractivo de la cara, del cutis, unos ojos brillantes, una sonrisa húmeda, prometedora. ¡Mucho cuidado! El instante es grave, todo el porvenir cuelga de semejante hilo. Allí están los otros gérmenes, dentro del vaso de carne que recibirá los suyos. ¡Ay de los malos matrimonios materiales, mentales, sentimentales! La descendencia entera padecerá, y acaso, abortada, no logre venir al mundo y el artista, el esposo, el novio, quede de estéril para siempre, vea trunco su destino y fracasada su esperanza (1).

(1) Al infinito podrían multiplicarse los ejemplos para mostrar los mirajes, desviaciones y posturas peligrosas a que se expone un autor demasiado fiel a la corriente, que sigue la moda y obedece al imperativo: «sea Ud. realista, sea Ud. criollista, sea chileno, sea francés, nacionalista, demócrata», etc.; es decir que oye cualquier voz diferente de la única donde está su salvación, la del instinto profundo que le pide *ser él*, amar lo que ama, pintar lo que ve, decir lo que realmente sabe, piensa, siente y puede.

He ahí la forma y el fondo unidos.

Está en el primer elemento, en el ser que ama, tiembla y busca; también está en el otro, en la desconocida que aguarda, oculta bajo siete velos.

Ambos son el fondo y la forma; porque si el hombre ama de veras a la mujer y el artista se siente de veras atraído por su asunto, uno y otro querrán, sin que nadie los fuerce, uno y otro podrán, en armonía, crear al hijo y la obra maestra, cuidarlos, embellecerlos, infundirles la llamita misteriosa.

Hay, en verdad, matrimonios de conveniencia que resultan felices y enlaces de amor profundamente desdichados.

El azar interviene, inoportuno, el destino sopla dónde, y cuándo y cómo quiere.

No hay que enfrentarse con la ciega potencia.

Pero lo natural, corriente y lógico, dentro de las humanas previsiones y según la prudencia razonable es que el sincero amor traiga la vida y el desamor, la muerte, que el uno haga surgir un manantial eterno y el otro se pierda en cauce árido.

Así, conviene buscar mucho.

No siempre se halla al primer instante. Un traspiés inicial tampoco cierra los caminos.

Pasan algunos la mitad de su existencia y parte de la vejez amando, sufriendo, amargados, de tumbo en tumbo; se unieron a una mujer o tomaron sucesivamente varias que sólo decepciones y dolor les dieron, poetas sin éxito, novelistas opacos, dramaturgos débiles,

pintores, escultores y músicos privados de resonancia. Padres nulos, puestos, al parecer, definitivamente, entre la turbamulta.

De pronto, cuando ya se creía imposible, encuentran la chispa, hallan la mujer, conocen el amor correspondido y disfrutan de la dichosa procreación.

Un instante basta.

Pero hay que provocar ese instante y llamarlo, sin tregua ni fatiga. Hay que conocerse primero; larga tarea penosa; hay que estudiarse sin ilusiones, con modestia, poniéndose a prueba, aplicando el oído a la canción interna hasta encontrarle el son (2).

No todos vienen llamados al desposorio con princesas deslumbrantes ni a empuñar la trompa épica, de timbre heroico. A algunos les conviene más una pequeña flauta, el silvestre caramillo, la pastorzuela humilde, tal mejilla fresca, desdeñada o escondida. Pedro de Oña, temperamento lírico, construyó el «Arauco Domado» para imitar a Ercilla y a ese error, hijo de la vanidad o sugestión del ambiente, atribuye Solar Correa su fracaso. Otros—u otras—que habrían escrito recuerdos personales y memorias íntimas incomparables, desmenuzaron sus páginas de diario personal, labor de toda una vida, en el intento de construir novelas tras-

(2) Queda el problema de corregir mucho, poco o nada... Bueno, hay amores que nacen de la frecuentación, donde otros mueren: hay, también, hijos que vienen al mundo bien educados, serios, dóciles y los hay indómitos, salvajes, sucios: algunos reciben la gracia de Dios gratuitamente, otros deben conquistarla disciplinándose, haciendo penitencia... El símil es para todo.

cedentales. Habían nacido para la anécdota; el error las condujo hacia la filosofía y las perdieron; otros habrían formado un hogar feliz con una dama seductora, pero insegura o que les pareció insegura, prefirieron el «partido» opulento y hallaron incomprensión hasta la muerte.

Cuanto puede afirmarse del amor y el matrimonio puede igualmente, decirse del oficio estético.

Y no es raro.

Ambos nacen por la belleza y tienden hacia la belleza, hacia la vida.

En este dúo del mismo cantar ¿dónde queda el fondo, dónde la forma?

En uno y otro, en el artista y en su asunto, en el técnico y en el material, hombre y mujer, macho y hembra, colaboradores de la misma tarea, padre y madre del futuro ser.

San Francisco de Las Condes, septiembre de 1947.